

Y antes que esto suceda, libremos del incendio, como el héroe de Troya, los penates; puesto que, por barato que el género parezca, día llegará en que se venda caro, y hacinado entonces y revuelto lo bueno con lo malo, podrá el curioso escoger, como entre peras, aquello que mas le cuadre.

Hechas aquestas salvedades que juzgamos precisas á fuer de cristianos y concienzados narradores, (aunque indignos) hemos de referir al lector, si no lo ha por enojo, una de aquellas romerías, que dedica á la Virgen el pueblo andaluz desde los mas remotos tiempos. En estos que alcanzamos, si bien la costumbre conserva aun el sello de su originalidad primitiva, ha perdido no obstante mucho de su pasado esplendor, y por lo tanto será mas acertado tomar el punto de vista hacia los principios del siglo actual.

En lo mas florido y risueño del hermoso reino de Córdoba, y á una legua escasa de cierta poblacion, cuyo nombre no quiero recordar, se levanta una áspera montaña, desde la cual, como desde las moriscas atalayas, se descubre un vistoso panorama, que abraza gran parte de la campiña, sembrada de villas y ciudades, cubierta de riquísimos viñedos é inmensos olivares, y surcada á trechos por diferentes rios y arroyos, cuyas márgenes pueblan frondosas alamedas, numerosas huertas y vistosos caseríos, salpicados aquí y allí, que realzan por extremo este paisaje encantador, rematando todo él en las sombrías crestas de Sierra Morena. Sobre aquella montaña, y en una especie de esplanada que forma su cima, edificaron nuestros mayores un antiquísimo templo, cuyo origen se esconde en la noche de lo pasado, por mas que las restauraciones posteriores hayan concluido con los vestigios de su primera arquitectura, y sea preciso recurrir á la tradicion y á las conjeturas, que le reducen á la época de la conquista por el santo rey D. Fernando III. Su traza es sencilla, pero robusta y amplia; sus ornamentos pocos y de diversos tiempos; y la imagen que en su capilla mayor es venerada, puede contarse entre las mas antiguas y nombradas de España, por lo remoto de su origen, por la peculiar escultura que la distingue, y por el crédito universal de que ha gozado sin interrupcion hasta nuestros dias. Los habitantes de la mayor parte de la provincia recurren á esta imagen en todas sus necesidades, y muchos de ellos acuden presurosos á ofrecerle sus homenajes y limosnas en el aniversario de su natiuidad.

Era, pues, la tarde del siete de setiembre de mil ochocientos y tantos, y todo respiraba alegría, bullicio y contento cerca del Santuario de la Virgen de la Sierra. Los penosos recuestos del monte, y las tortuosas sendas que conducen á la ermita venerada veíanse llenas de gentes, que acudian de lejanos pueblos en tropel á la fama de la solemnidad. Los unos marchaban descalzos, seguidos de sus mujeres y sus hijos, rezando devotamente, y precedidos de pobres jumentillos cargados con las ofrendas de su piadoso celo. Los otros subían de rodillas el pendiente camino abierto en la peña viva que ciñe al alto cerro, mientras que los ricos labradores y las aldeanas acomodadas de la campiña cargaban y oprimían los lomos de poderosas mulas, enjaezadas lujosamente de sedas y estambres de colores. Aquí un mozalvete, apuesto y gallardo, bate las hijadas con los herrados carcaños á una ligera y fogosa aljama; al tiempo mismo que una cuadrilla de gitanos graciosos retozones cruza por medio de la concurrencia, tocando menudas esquilas, y repiqueteando con destreza las sonoras castañuelas.

Y si tal variedad ofrecen las cercanías de la áspera sierra, no era menos por eso la sorpresa que experimentaban los mismos viajeros, al llegar al deseado término de su peregrinacion. Tropezaba desde luego su vista con la tienda de campaña de la hermandad, hecha de blanca lona, y terminada por un rojo gallardete con el escudo de la imagen titular. A derecha é izquierda del santuario dos filas de tiendas rústica y apresuradamente construidas, con sus mostradores y cortinillas vergonzantes, con sus botellas de licores y variadas *mistelas*, con sus dulces y frutas, escitan el apetito del fatigado transeunte, y provocan quizá algun otro deseo menos licito que el hambre. Los obligados puestos de garbanzos tostados y avellanas, de gatitos de barro y figuritas muy cucas para embancar á los chicos y sousacar á los grandes tampoco se echan de menos allí, y á su lado campean los almacenes de *estadales*, especie de amuletos del país, que tocan los devotos al cuerpo de la virgen.

II.

A medida que el sol se pierde en el horizonte, y las sombras del crepúsculo de la tarde van estendiéndose por la montaña, aumentase el interés con la llegada de nuevos peregrinos, la zambra de los que bailan, los gritos de los vendedores y las acaloradas disputas de muchos, que no hallando espacio conveniente, se ven precisados á sentar sus reales en los huecos de las peñas, y á pasar la noche bajo la bóveda celeste.

La esplanada es estrecha para tantas personas. Los reciénvenidos empujan y molestan á los que se establecieron primero: estos replican á aquellos; las mujeres lloran; los muchachos gritan; las viejas ruegan; los mozos maldicen; los corchetes corren; la guardia acude; los clérigos median; y todo es entonces confusion y trastorno, músicas y danzas, aplausos y silbidos, voces é imprecaciones, votos, juramentos, sobresaltos, mogicones y desgracias. Y en la mitad de este caos se le representa á uno en la memoria la discordia del campo de Agramante, y casi se halla tentado á esclamar como D. Quijote en la venta: «Ténganse todos, todos envainen; todos se sosieguen; oiganme todos, si todos quieren quedar con vida.» Pero se tranquilizarán mis lectores sobre este punto, cuando sepan que no faltaba en la romería de la Virgen de la Sierra quien desempeñe el papel del Rey Sobrino, personificado en la respetable humanidad del alguacil mayor de la próxima villa, que armado de baston jurisdiccional, sosiega las tempestades, y restablece la calma con sola su presencia. Iluminada toda está escena con el inimitable colorido que presentan al observador las fiestas andaluzas; caracterizada con aquella fisonomía peculiar de nuestras provincias meridionales, que hermosea todos los cuadros, y realza todos los paisajes de un modo difícil de comprender, y mas difícil todavía de pintar.

Durante los momentos de confusion que hemos referido, el eco de un tambor que batía marcha, hiere los oidos de los concurrentes, y cuantos ocupaban aquel vasto anfiteatro corrieron á las puertas del templo, para presenciar la entrada de la hermandad.

Abria paso el tamborilero y hasta cincuenta pastores de la poblacion, vestidos de gala, y adornados sus sombreros de lazos y de flores. A ellos seguia el *cuadrillero de bandera*, llamado así por llevar en sus manos aquella insignia de la cofradía, que es un inmenso cuadrado de sedas, bordado y compuesto de mil piezas diferentes, en tamaño, colores y figura. Desde tiempo